

## VICHY A ORILLAS DEL TIGRIS

*El gobierno de Su Majestad y yo viajamos a bordo del mismo barco y nos hundiremos o sobreviviremos juntos [...]; si ustedes desean que su política y yo salgamos adelante, es insensato denigrarme continuamente ante la opinión pública presentándome como una marioneta.*

El rey Faisal I al Alto Comisionado británico,  
Mesopotamia, 17 de agosto de 1921<sup>1</sup>

Rara vez ha sido tan furtivo un traspaso de poderes. La ceremonia —celebrada dos días antes de lo previsto, en lo más profundo de la fortificada Zona Verde de Bagdad— duró apenas diez minutos, ante la presencia de treinta funcionarios iraquíes y estadounidenses. Fuera de los muros de hormigón, la realidad militar sigue siendo la misma: una fuerza de ocupación de 160.000 soldados, en su mayoría estadounidenses, un ejército adicional de guardias de seguridad mercenarios, y unidades muy inestables de policía local. Antes de partir, la Autoridad Provisional de la Coalición estableció una estructura gubernamental paralela de comisionados e inspectores generales (que se referían todavía a sí mismos como «funcionarios de la coalición» una semana después de la supuesta disolución de esa institución), quienes, a pesar de las eventuales elecciones, seguirán controlando los principales ministerios de Iraq durante los próximos cinco años<sup>2</sup>. La mayor embajada estadounidense en el mundo dominará Bagdad, con «delegaciones» regionales en Mosul, Kirkuk, Hilla y Basora. La mayor parte de los 3.200 millones de dólares contratados hasta ahora se está dedicando a la construcción de bases militares extranjeras<sup>3</sup>. La ONU ha decidido que la renta petrolera del país siga depositándose en el Fondo para el Desarrollo de Iraq, dominado por Estados Unidos, también durante los próximos cinco años. El recién instalado gobierno de Allawi no dispondrá de

---

<sup>1</sup> Telegrama del Alto Comisionado en Mesopotamia al secretario de Estado para las Colonias. Los británicos se sentían preocupados por que el rey Faisal «no fuera del todo consciente del grado de control al que esperamos que se someta». Hanna BATATU, *The Old Social Classes and the Revolutionary Movements of Iraq* [1978], Londres, 2004, p. 324. Agradezco a Sami Ramadani y otros amigos sus comentarios y observaciones. Naturalmente, no son en absoluto responsables de lo que sigue.

<sup>2</sup> Un funcionario de la Comisión de Medios y Comunicaciones nombrado por la APC, encargado de la concesión de licencias a los medios, explicaba que «pueden decir adiós a las ayudas europeas» y que si se produjera algún intento por parte del ministro provisional de desobedecer a la comisión, «quedarían retenidos considerables recursos estadounidenses». *Financial Times* (5 de julio de 2004).

<sup>3</sup> *The Economist* (26 de junio de 2004); *Financial Times* (5 de julio de 2004).

autoridad para modificar los contratos firmados por la APC, casi todos ellos con compañías extranjeras que estarán por encima de la ley del país. Dos tercios de los ministros del gobierno son ciudadanos estadounidenses o británicos.

Iyad Allawi, aclamado en los medios de comunicación occidentales como el líder independiente y sin pelos en la lengua que el país necesita, resulta muy adecuado como primer ministro. Nadie oculta el hecho de que, como su colega Karzai en Afganistán, ha sido un agente pagado de la CIA durante muchos años; ya hace mucho tiempo que eso no se considera algo que haya que ocultar. La carrera de Allawi hasta la fecha lo ha cualificado de forma más que suficiente para su actual papel. Los iraquíes lo recuerdan como mandatario del Ba'az en los círculos estudiantiles londinenses de la década de los setenta, con un dudoso título de medicina conferido por el régimen por los servicios prestados. Según un ex colega del ANI, trabajaba simultáneamente con el MI6 y dirigiendo un escuadrón de la muerte Mujabarat para la facción de Sadam que perseguía a disidentes del Ba'az en Europa, hasta que a él mismo le tocó esa suerte en 1978<sup>4</sup>. Después de pasar unos años en la clandestinidad reapareció en Amán, fundando en 1991 el Acuerdo Nacional Iraquí junto con Salih Omar Ali al Tikriti, antiguo supervisor de los ahorcamientos públicos en Bagdad. El ANI se especializó en el reclutamiento de desertores militares y de los servicios de inteligencia; las bombas que se le atribuyeron a mediados de la década de los noventa –una de ellas en un cine lleno de gente, y otra contra un autobús que transportaba escolares– fueron al parecer «tests de aprovechamiento» planeados por la CIA. Una vez convencidos de los méritos del ANI, la agencia le proporcionó los fondos para el chapucero intento de golpe en 1996, que al ser descubierto por Sadam dio lugar a más de un centenar de ejecuciones. Más adelante pasó a la inteligencia británica la información que propició la afirmación de Blair sobre las armas de destrucción masiva que Iraq podía desplegar en 45 minutos, y al comienzo de la guerra de 2003 señaló el emplazamiento del supuesto búnker de Sadam para que fuera bombardeado<sup>5</sup>.

Una vez iniciada la ocupación, Allawi entró a formar parte del Consejo de Gobierno como responsable de la seguridad. Su campaña para el puesto de primer ministro –el grupo de presión que lo apoyaba gastó más de 370.000 dólares– se llevó a cabo, como es natural, en Washington, no en Bagdad<sup>6</sup>. Una vez nombrado, puso en un compromiso a sus patronos

---

<sup>4</sup> Según informes del antiguo propagandista del ANI Dirgam Kadhim: Eli LAKE, *New York Sun* (17 de enero de 2004); Seymour HERSH, «Plan B», *The New Yorker* (28 de junio de 2004).

<sup>5</sup> *The Daily Telegraph* (7 de diciembre de 2003).

<sup>6</sup> La firma contratada para efectuar el trabajo de *lobby* por Allawi, Theros & Theros, preparó reuniones con Bill Frist, Richard Lugar, Dennis Hastert, Tom DeLay, Henry Hyde, distintos funcionarios del Consejo de Seguridad Nacional, la oficina del vicepresidente, el Departamento de Defensa y la CIA, y también le consiguió una columna en el *The Washington Post*. Véase Ken GUGGENHEIM, *Associated Press* (24 de enero de 2004); Jim DRINKARD, *USA Today* (2 de junio de 2004).

intentando proclamar la ley marcial antes de entrar en funciones. Su colega Ghazi al Yawar, el nuevo presidente de Iraq, dio muestras parecidas de independencia al disentir de la propuesta de Bush de demoler Abu Ghraib: sería una pena demoler una prisión en la que los estadounidenses habían gastado tanto dinero (Yawar, oscuro gestor de empresas de telecomunicación en Arabia Saudí cuando los estadounidenses establecieron contacto con él poco antes de la invasión, comenzó a vestirse con las ropas tribales Shammar tan pronto como entró en el Consejo de Gobierno, quizá imitando el artificio de Karzai en Afganistán). De forma parecida, la primera iniciativa del ministro provisional de Derechos Humanos, Bakhtiyar Amin, fue anunciar una nueva ley sobre el estado de emergencia. Su predecesor en ese ministerio, de origen kurdo, había dimitido al hacerse públicas las fotografías de torturas en Abu Ghraib; Amin no parece ser tan sensible.

### *Naturaleza de la resistencia*

Que a Washington le haya costado más de un año establecer un frente tan endeble –Karzai fue entronizado en Kabul en cuestión de días– atestigua la fuerza de la resistencia. En junio de 1940 el ejército francés, como el iraquí hace poco más de un año, se vino abajo frente a los alemanes sin apenas presentar batalla. Al cabo de un mes los diputados de la Asamblea Nacional francesa reunidos en Vichy votaron, por 569 frente a 80, en favor de un régimen colaboracionista presidido por el mariscal Pétain<sup>7</sup>. El gobierno de Vichy fue rápidamente reconocido por Estados Unidos y otras potencias y la mayoría de los franceses no judíos se acomodaron a la vida bajo la ocupación. Tuvieron que pasar dos años antes de que el maquis comenzara a ofrecer una seria resistencia. En otros lugares de Europa la pauta fue similar. Los alemanes organizaron eficazmente el apoyo indígena: Quisling en Noruega, los ustachi croatas y los regímenes bosnio y kosovar estructurados por las SS en Yugoslavia, la Cruz de Hierro en Rumania y la Cruz Flechada en Hungría. Los movimientos de resistencia del siglo xx, en su forma clásica, tardaron en constituirse y casi siempre contaban con algún apoyo estatal exterior. Si los suministros aliados fueron decisivos para la resistencia antinazi en la Europa continental, lo mismo se puede decir, en general, de Asia o África. El armamento chino fue imprescindible para la victoria del Vietminh, como lo fue el respaldo egipcio y tunecino para el FLN en Argelia. Normalmente esa ayuda exterior iba unida a un liderazgo político ya existente y una red partidaria potencialmente hegemónica a escala nacional, como en el caso de los movimientos comunistas en Francia, Italia o Indochina.

La resistencia que ha surgido durante el pasado año en Iraq frente a la ocupación estadounidense no se ajusta a ninguna de esas características.

---

<sup>7</sup> Véase Tariq Ali, «Postscript», en la edición en rústica de *Bush in Babylon* que Verso publicará en octubre de 2004.

Se inició casi inmediatamente, ya que los primeros ataques armados se produjeron en mayo de 2003, a pocas semanas de la caída de Bagdad. Fue aumentando durante el verano, a medida que los ocupantes disparaban regularmente contra las manifestaciones callejeras (en la marcha sobre Kerbala de esa misma primavera, un millón de manifestantes gritaban: «El discípulo se ha ido, el maestro está aquí»). Ese acoso esporádico inicial a las fuerzas de ocupación —emboscadas en ruta, misiles propulsados por cohetes, bombas caseras contra las sedes de la APC— se había convertido ya en agosto de 2003 en ataques contra objetivos diplomáticos y militares estratégicos, como la embajada jordana o la sede de la ONU. En noviembre las fuerzas estadounidenses sufrieron pérdidas más graves cuando los insurgentes comenzaron a derribar helicópteros. Las represalias despiadadas provocaron una nueva escalada de la espiral. Como cualquier otra ocupación militar, el régimen angloamericano ha amparado asesinatos y torturas, y también ha sido feroz la resistencia<sup>8</sup>. Incursiones suicidas, coches bomba y morteros han sembrado el caos en las grandes ciudades. Los ataques contra las fuerzas estadounidenses se duplicaron entre octubre y diciembre de 2003, pasando de unos 15 a más de 30 diarios; y en julio de 2004 se estimaban en unos 45 al día. Los ataques cada vez más sofisticados contra los oleoductos y pozos petrolíferos (más de 2.000 en el último año) han interrumpido durante semanas las exportaciones de petróleo. Pero las rebeliones simultáneas que estallaron en el sur chií y el centro suní en abril de 2004 y el convoy conjunto chií-suní desde Bagdad a Faluya son los que más alarma han despertado entre los gobiernos occidentales y árabes, prefigurando una dirección nacional de la resistencia que querrían evitar a cualquier precio. Entretanto, las encuestas de la APC demostraban el sólido respaldo popular a los combatientes: el 92 por 100 de los iraquíes consideraban a las tropas estadounidenses como ocupantes, y sólo el 2 por 100 las veían como una fuerza de liberación.

La resistencia iraquí tampoco ha recibido apoyo de ningún Estado extranjero. En el exterior encuentra un frente de hostilidad oficial sin precedentes, una unanimidad global inimaginable en épocas anteriores. La resolución 1546 del Consejo de Seguridad, aprobada el 8 de junio de 2004, ampara sin matices al régimen nombrado por la APC, confirmando toda la legitimidad de la «comunidad internacional» a esa colección de viejos agentes de la CIA y políticos chaqueteros<sup>9</sup>. Explicando que el país —que carece de ejército, y en el que es evidente la ausencia de armas de destrucción masiva— «sigue constituyendo una amenaza para la paz y la seguridad internacional», esa resolución autoriza a las fuerzas de ocupación

---

<sup>8</sup> Para un vívido retrato del estado de ánimo de las tropas estadounidenses —un cóctel de cultura de las armas, juegos de vídeo, pornografía y violencia sin límites—, véase Evan WRIGHT, *Generation Kill*, Nueva York, 2004; se ha documentado abundantemente el uso en todas las prisiones estadounidenses de los métodos de humillación practicados en Abu Ghraib.

<sup>9</sup> Los actuales miembros del Consejo de Seguridad de la ONU, además de los cinco permanentes, son Alemania, Angola, Argelia, Benín, Brasil, Chile, España, Filipinas, Pakistán y Rumania.

encabezadas por Estados Unidos a tomar «todas las medidas necesarias», esto es, cualesquiera que los comandantes estadounidenses consideren adecuadas. Todos los miembros de la ONU tienen, por supuesto, prohibido suministrar armas y material al pueblo iraquí. Francia y Alemania hicieron el paripé de pedir que el control soberano sobre el ejército de ocupación sea confiado a los títeres iraquíes que éste ha fabricado, a lo que Allawi y Yawar respondieron que París y Berlín no deben pretender «ser más iraquíes que los iraquíes», que sólo deseaban que el mando estadounidense «los mantenga informados».

En el propio Oriente Próximo, los Estados árabes han desempeñado su papel acostumbrado. Los gobiernos que se unieron a Washington en la primera guerra del Golfo —los del Cairo, Damasco, Riad, Túnez, Argel y Rabat— han vuelto a hacer lo mismo en la segunda, sumándoseles rápidamente el de Amán. Argelia votó a favor de la resolución 1546, y Siria por su antecedente 1511 en octubre de 2003. Mubarak ha ofrecido los servicios de seguridad egipcios para entrenar a la nueva *gendarmérie* iraquí, mientras respalda las razias de Israel en la franja de Gaza. El rey Abdallá proporciona campos de entrenamiento en Jordania y ha ordenado a sus tropas que se mantengan alerta para echar una mano si es preciso. El mundo islámico en general se ha mostrado igualmente fiable. En junio los 57 Estados de la Organización de la Conferencia Islámica se reunieron en Estambul para prometer, con Karzai lógicamente al frente, su apoyo a los títeres de los ocupantes. Su anfitrión Erdogan no sólo ha ofrecido tropas turcas para ir a Iraq, sino que se apresuró a participar en la iniciativa de Washington sobre el Gran Oriente Próximo, en la que hasta Mubarak se echó atrás. Irán ha contribuido a mantener tranquilo al clero del sur del país mientras los estadounidenses cercaban las ciudades sagradas de los chiíes. En Pakistán Musharraf está bombardeando a sus súbditos waziri, siguiendo las instrucciones estadounidenses.

Políticamente, la resistencia iraquí sigue siendo heterogénea y fragmentaria, sin las acostumbradas redes partidarias decisivas para la mayoría de anteriores movimientos antiocupación. Incluye a nasseristas, antiguos ba'azistas, liberales y socialdemócratas laicos, redes multicolores basadas en las mezquitas y escisiones de los partidos colaboracionistas comunista y Dawa. Los observadores estadounidenses han comentado, a propósito de la amplitud social de una oposición que encuentra apoyo en prácticamente todas las clases, rurales y urbanas: «Entre ellos hay estudiantes, intelectuales, antiguos soldados, juventudes tribales, agricultores e islamistas»<sup>10</sup>. Ideológicamente, el nacionalismo y el islamismo —por Dios y por Iraq— son los sentimientos predominantes, pero también hay elementos del antiimperialismo del Tercer Mundo y de panarabismo. Queda por ver si esos grupos pueden establecer algo parecido a un frente de liberación nacional para unir a los grupos religiosos y laicos en torno a la reivindicación central de la expulsión de todas las tropas extranjeras.

---

<sup>10</sup> Ahmed HASHIM, *Terrorism and Complex Warfare in Iraq*, Jamestown Foundation, 18 de junio de 2004.

## Recursos subjetivos

El maquis iraquí, aislado del exterior y sin coordinación interna, posee no obstante varios recursos importantes. En primer lugar, fuertes redes sociales: elásticas conexiones clánicas y de familia extensa; vecindarios urbanos que mantienen cierta cohesión; mezquitas que ofrecen un lugar de reunión relativamente seguro, inimaginable en la Europa ocupada de la década de 1940. Los comentaristas árabes han señalado las debilidades que acompañan inevitablemente a esas formas: particularismo, rivalidad local, falta de coordinación, traición u oportunismo de demagogos irresponsables, flecos de criminalidad..., aunque en ese contexto fluido, oral y muy movilizado, los líderes también se pueden ver obligados a adoptar actitudes más resueltas para mantener a sus seguidores<sup>11</sup>.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta la considerable cantidad de armas de que dispone la resistencia. Las estimaciones estadounidenses –tres millones de toneladas de bombas y proyectiles, subfusiles AK47, lanzacohe-tes y morteros, más los proyectiles de artillería utilizados para fabricar bombas artesanales– pueden estar infladas, pero a diferencia de otros movimientos antiocupación anteriores, siempre escasos de armas, parece como si las guerrillas iraquíes dispusieran de explosivos suficientes como para hostigar a los ocupantes durante años. Esas armas, resistentes a los choques, tienen que ser desmanteladas penosamente una por una; cualquier intento de hacer saltar por los aires los depósitos de municiones simplemente las dispersa sin estallar. Estados Unidos sólo cuenta con unos pocos cientos de ingenieros en Iraq capaces de llevar a cabo esa tarea<sup>12</sup>.

En tercer lugar, el disgusto natural de cualquier pueblo frente a cualquier ocupación extranjera se ha visto reforzado por el profundo deterioro de la situación social desde la invasión anglo-americana. En el campo, la prolongada crisis agraria –salinización, desecamiento de los pozos, encenagamiento de los canales– empeora a medida que aumentan las importaciones de los agronegocios. El aumento del desempleo rural ha inflado la población de los barrios marginales de Basora y Bagdad. En la mayoría de las ciudades, aparte del norte, los pequeños negocios se han visto golpeados por una combinación de artículos extranjeros baratos y el hundimiento de la ley y el orden. Gran parte del contraído sector industrial iraquí de la década de los setenta –ya volcado en la producción de armas durante la guerra Irán-Iraq, y luego machacado por las bombas occidentales en la de los noventa– afronta no la privatización sino el cierre, poniendo en la calle a una mano de obra en otro tiempo instruida. Dos terceras partes de la fuerza de trabajo existente antes de la invasión pueden estar ahora desemplea-

---

<sup>11</sup> Cuestiones señaladas en los últimos ensayos del novelista Abderrahman Munif (1933-2004), publicados como *Al-Iraq: Hawamish min al-Tarikh wa al-Moqoumab [Iraq: notas de la historia y la resistencia]*, Beirut, 2003.

<sup>12</sup> Evan WRIGHT, «Iraq's vast arsenal», *International Herald Tribune* (18 de junio de 2004).

das. En cuanto al futuro, la literatura publicitaria que presentaba el país como un gran centro comercial a escala regional –una especie de gigantesco Dubai, que coordinaría las actividades de intercambio y transporte para el Gran Oriente Próximo–<sup>13</sup> ofrece a los iraquíes poco más que una lejana perspectiva de integración en la economía global como portamaletas y almaceneros. Tras los cotidianos comunicados militares se oculta una profunda crisis social, y la presencia tangible de la ocupación de las fuerzas de ocupación brinda un blanco fácil para sus frustraciones.

En cuarto lugar, la resistencia puede recurrir a la memoria histórica de las batallas finalmente ganadas contra el último ocupante imperial. La nación iraquí moderna es el resultado de la lucha contra el colonialismo británico, después de que Londres separara Mesopotamia de Estambul en 1917. El levantamiento en todo el país en el verano de 1920 –pequeños jeques y *sayyids* tribales a lo largo del Éufrates, junto a los oficiales ex otomanos de Bagdad y los castigados comerciantes norteos de Mosul– obligó a Londres a renunciar a una administración directa al estilo de Delhi. Su solución, «dominar sin gobernar», como la definió posteriormente el secretario de Estado para las Colonias<sup>14</sup>, consistía en establecer una monarquía cuya supervivencia dependiera del ejército británico, respaldada por un mandato de la Sociedad de Naciones que autorizaba «todas las medidas necesarias». El Alto Comisionado británico seguía siendo el poder máximo en el país y, para cuando expirara el mandato, el Tratado angloiraquí garantizaba el control británico sobre la política exterior, los puertos, los ferrocarriles, las bases aéreas, y en tiempo de guerra también de las fuerzas de seguridad de Iraq. Notables locales sumisos firmaron el tratado, dispuestos –como dijo uno de ellos– a olvidar la independencia externa mientras mantuvieran el control interno. La mayoría de la población lo rechazó. Cuando estalló la resistencia en 1922, el Alto Comisionado británico detuvo a los líderes políticos, prohibió los partidos nacionalistas y sometió a las tribus rebeldes con bombardeos punitivos y gas mostaza.

Pero pese a los esfuerzos de Londres por fomentar el latifundismo conservador en el campo, creando asambleas nacionales domesticadas con jeques leales y fabricando para ellos una imagen de «hombres del desierto», no pudieron contener durante mucho tiempo a las fuerzas sociales urbanas. En 1936 abogados y funcionarios socialdemócratas unieron sus fuerzas con oficiales nacionalistas en un golpe de Estado de corta vida. El incipiente Partido Comunista Iraquí comenzó a organizar a los soldados rasos. Oleadas de huelgas recorrieron los muelles de Basora, los talleres ferroviarios de Bagdad, las fábricas de tejidos de Nayaf, los campos petroleros de Kirkuk y la base militar de Habbaniya. En mayo de 1941 el regente pro británico, el príncipe de la Corona y el primer ministro Nuri al Said

<sup>13</sup> Véanse, por ejemplo, las optimistas perspectivas de Joseph BRAUDE, *The New Iraq*, Nueva York, 2003, pp. 132-133.

<sup>14</sup> Esto es, «ejerciendo el control a través de un gobierno nativo aparentemente independiente»: L. S. AMERY, memorándum del Foreign Office, 7 de febrero de 1929.

se vieron obligados a huir al extranjero cuando oficiales panárabes con el respaldo de las masas nacionalistas tomaron el poder y abolieron las disposiciones del tratado establecidas durante la guerra. El Reino Unido tuvo que recuperar el país para restaurar el control imperial, devolviendo al príncipe de la Corona a Bagdad en un tanque británico.

En enero de 1948 la irritación popular contra el restablecimiento del tratado<sup>15</sup> y el papel británico en Palestina desencadenaron un movimiento insurreccional en la capital, en el que se mezclaron los estudiantes y nacionalistas de clase media con los ferroviarios y los habitantes de los suburbios, entre los que predominaban los comunistas. En noviembre de 1952 se produjo otro levantamiento contra las tropas hachemís y la policía en las calles de Bagdad. Cuatro años después se produjeron disturbios en Nayaf y Hayy como protesta por el ataque anglo-franco-israelí contra Egipto. Finalmente, en julio de 1958, el golpe de los Oficiales Libres derrocó a la monarquía con el apoyo de comunistas y ba'azistas (que en aquel momento constituían un pequeño partido con menos de un millar de miembros). Enormes multitudes bloquearon las calles para impedir cualquier intento contrarrevolucionario, mientras un gobierno nacionalista de izquierda encabezado por Abdul-Karim Qasim proclamaba la República de Iraq y abría la puerta hacia la independencia nacional y la reforma social<sup>16</sup>.

Los iraquíes están muy al tanto de esas batallas, que constituyen el abecé de su historia moderna; pero el pasado raramente ofrece analogías exactas y contemplar los actuales acontecimientos a través de su lente resalta las diferencias y las semejanzas entre la anterior ocupación militar imperial y la actual. Militar y políticamente, la maquinaria de la potencia estadounidense en Iraq es hoy mucho más formidable que lo era la británica. Con 160.000 soldados a su disposición, Negroponte tiene una capacidad virreinal de violencia mucho mayor que la que tuvo nunca el Alto Comisionado británico. El control estadounidense de los puertos, aeropuertos y fuerzas de seguridad iraquíes –por no hablar de los tribunales, la educación, el comercio, las finanzas, los medios de comunicación y la política exterior– ha recibido el sello de aprobación de la ONU, con una fuerza de «ley internacional» que va mucho más allá del tratado bilateral anglo-iraquí. Los cofres de Washington tienen una profundidad que nunca tuvieron los de Londres, y las rentas petroleras de hoy día eran imposibles de imaginar en la década de los veinte. La capacidad de los ocupantes para comprar la aquiescencia a su dominio es mucho más alta, y también pueden contar con el puro agotamiento y dislocación de la vida desde marzo de 2003 para crear un ansia desesperada de algo que se parezca a la normalidad,

---

<sup>15</sup> Ahora «lubricado con el vocabulario de la cooperación mutua» en el Acuerdo de Portsmouth: H. Batatu, *The Old Social Classes and the Revolutionary Movements of Iraq*, cit., p. 550.

<sup>16</sup> Fue la fuerza de los comunistas iraquíes en este país crucial de Oriente Próximo lo que propició el primer golpe del Partido Ba'az respaldado por la CIA y los grandes intereses petroleros en 1963. En cuanto al papel estadounidense, tal como lo veía el rey Husein de Jordania; *ibid.*, pp. 985-986.



bajo nuevas disposiciones que prometen devolver al país, aunque sea nominalmente, ciertos elementos de soberanía.

### *Perspectivas para la Zona Verde*

Sería un error, por lo tanto, pensar que nada ha cambiado desde que Bremer salió de Iraq. Como en la Europa ocupada por los alemanes en 1940-1941, los regímenes colaboracionistas nativos suelen ofrecer cierto grado inicial de alivio, tras la humillación de la invasión extranjera, así como negocios lucrativos o puestos administrativos para los sirvientes del nuevo orden. El gobierno títere de Bagdad disfruta de mucha menos autonomía que el régimen de Pétain en Vichy; a este respecto se parece más al de Quisling en Oslo. Pero cuenta con una base de apoyo entre un conjunto de grupos privilegiados en el panorama posterior a la invasión: no sólo agentes a sueldo de la CIA o del MI6, sino muchos tecnócratas que ven oportunidades de hacer carrera, una amplia franja de la burguesía semiexpatriada y los nuevos ricos perjudicados por las sanciones; familias rurales tradicionalmente colaboracionistas como los Yawar, líderes de la tribu Shammar en la región de Mosul, que ya se alinearon con los británicos en 1920; y la amplia población kurda en el norte. Por el momento, el régimen también cuenta con la tolerancia de la jerarquía chií agrupada en torno al ayatolá Sistani; Teherán parece todavía inclinado a tranquilizar a Estados Unidos. Washington puede esperar al menos mantener la situación fuera de los titulares de primera plana de las noticias hasta las elecciones estadounidenses, y podría salir airoso de su aventura con la estabilización de un Estado cliente, si consigue aplastar al maquis o integrarlo antes de que alcance demasiado apoyo popular.

Todo esto, empero, tiene enfrente el odio general de la población árabe hacia la ocupación estadounidense. La mano extranjera se ve por todas partes en el nuevo Iraq. Incluso en el norte, donde apenas se necesitan las tropas estadounidenses, la dirección kurda ha instalado una red de agentes de inteligencia y escuadrones de asalto israelíes, como culminación de una serie desastrosa de errores políticos, por muy legítima que sea su causa<sup>17</sup>. Para que su régimen subalterno no se asocie permanentemente con los bombardeos, tanques y cárceles estadounidenses, Estados Unidos necesita urgentemente una fuerza policial nativa eficaz<sup>18</sup>. Una

---

<sup>17</sup> El Pentágono no ha negado el detallado informe de Seymour Hersh en *The New Yorker* sobre la expansión cualitativa por parte de Israel de sus actividades en las provincias kurdas de Iraq, entrenando unidades de los 75.000 *pesbmerga* en tácticas de comandos *mistaravim* para realizar operaciones en Iraq, Irán y Siria. Según un antiguo oficial de inteligencia israelí, su gobierno había llegado en agosto de 2003 a la conclusión de que la posibilidad de resolver la situación en Iraq «está descartada. No militarmente –Estados Unidos no puede ser derrotado militarmente en Iraq–, pero si políticamente». El «plan B» intentaría salvar un Kurdistan independiente, con acceso al petróleo de Kirkuk, como plataforma estratégica en la región. S. HERSH, *The New Yorker* (28 de junio de 2004).

<sup>18</sup> Aunque también la desea barata. «Está claro que una de las principales razones del Pentágono para optar por el material ucraniano fue el deseo de reducir costes [...]. Docenas de

prueba de la fuerza de la resistencia es precisamente que pese al altísimo nivel de desempleo, en julio de 2004 el alistamiento sólo alcanzaba un 10 por 100 de la cifra prevista, y que la lealtad de los nuevos reclutas sea todavía dudosa. Está por ver si los intentos de Allawi de integrar o comprar a antiguos oficiales del Ba'az producirán mejores resultados.

En el frente ideológico tampoco parece haber grandes avances. El confuso horizonte electoral ya parece ponerse en duda. Según la resolución 1546 del Consejo de Seguridad, las elecciones de enero de 2005 (si se celebran) elegirán a candidatos seleccionados por la embajada estadounidense para una administración «de transición» con poderes estrictamente limitados, encargada de redactar una constitución para unas nuevas elecciones, igualmente restringidas, en enero de 2006. Entretanto, puede que se constituya, o no, una conferencia consultiva de un millar de miembros designados, para discutir el nombramiento de una institución más pequeña, igualmente consultiva, de entre sus miembros<sup>19</sup>.

Internacionalmente, el régimen y sus amos tratan de reforzar su posición volviendo a plantar en suelo iraquí la bandera de la ONU. El Secretariado no se ha atrevido hasta ahora a regresar a Bagdad, lo que no resulta difícil de entender. La mortalidad infantil bajo el régimen de sanciones de la ONU durante la década de 1990 provocó, según estimaciones conservadoras, unas 300.000 muertes de niños menores de cinco años por enfermedades y malnutrición, mientras que el Secretariado evaluó los gastos administrativos en más de 1.000 millones de dólares. En diciembre de 1998 el comité de contratos de la ONU, que trabaja bajo la dirección de la oficina del Secretariado, concedió el contrato del programa «petróleo por alimentos» para controlar las importaciones iraquíes (con frecuencia de alimentos en mal estado y medicinas caducadas) a Cotecna Inspections, una compañía en la que trabajaba como asesor durante el concurso el hijo de Kofi Annan, Kojo<sup>20</sup>. En junio el enviado especial Lakhdar Brahimi, uno de los

---

proveedores militares estadounidenses mostraron su desilusión ante la rancanería de los encargos: ni siquiera protección balística para los transportes de tropas, ni aire acondicionado para las ambulancias. *Financial Times* (18 de junio de 2004).

<sup>19</sup> En las elecciones para rectores de las universidades, celebradas como estaba previsto bajo el régimen anterior en el verano de 2003, resultaron elegidos candidatos opuestos a la ocupación; la APC aplazó rápidamente las elecciones municipales que debían celebrarse a continuación.

<sup>20</sup> La tarea, poco complicada, de Cotecna, consistía en proporcionar un certificado de Confirmación de Llegada para los contenedores que entraban por el puerto de Umm Qasr o por Trebil, en la frontera jordana, aprobando las transferencias desde la cuenta de la ONU a la que iban a parar los pagos por la compra de petróleo iraquí. El comité de contratos de la ONU informa directamente al secretario general, quien firmó todas las fases semestrales del programa. El Secretariado se niega ahora a proporcionar detalles sobre las tasas cobradas por Cotecna al comité del Congreso que investiga el escándalo Kofigate. En mayo de 2003 el Consejo de Seguridad de la ONU le dio seis meses para «atar los cabos sueltos» antes de que la administración de los fondos del petróleo pasara a la APC en noviembre; durante ese proceso el 25 por 100 de los contratos se deshicieron, ya que las empresas habían desaparecido o no estaban dispuestas a cumplir su parte sin el 10 por 100 de comisión que la ONU

principales miembros de la junta que canceló las elecciones celebradas en Argelia en 1992 y promotor del régimen de Karzai en Afganistán, aprobó la selección que había hecho Bremer de los miembros del Consejo de Gobierno para ser nombrados ministros del gobierno provisional; pero una vez cumplida la tarea, no se quedó a esperar los resultados. Cuando regresen, los funcionarios de la ONU necesitarán un gran ejército privado para protegerlos.

### *Noviembre y después*

En términos formales, la invasión anglo-americana ha perdido sus pretextos originarles: no había armas de destrucción masiva; las violaciones de derechos humanos corresponden ahora a los liberadores; la necesidad de llevar la democracia a Iraq, por no hablar del resto de Oriente Próximo, parece ser ya menos urgente. Es la fuerza de la resistencia iraquí –y sólo ella– la que ha llevado a la incomodidad generalizada de los gobiernos occidentales. Los *think tanks* [institutos de planificación] de Washington han comenzado a debatir estrategias de salida, evaluando los costes que ello supondría para la credibilidad política estadounidense («¿alta o inaceptable?»), evaluando los «indicadores de retirada»<sup>21</sup>. El electorado estadounidense se muestra contrario a la guerra desde abril de 2004: el 56 por 100 de los votantes creen ahora que la invasión fue un error. Las imágenes de Abu Ghraib han debilitado la autoridad de la Casa Blanca.

Pero quienes sacudieron la cabeza ante las proclamaciones preventivas de la Estrategia de Seguridad Nacional de 2002 no han querido tampoco que se venga abajo. Con el estallido de la resistencia en Iraq ha llegado un diluvio de consejos imperialistas liberales sobre cómo desarrollar mejor la ocupación. Joseph Nye lamenta la penuria de canales de televisión estadounidenses capaces de proyectar el «poder blando» estadounidense en el mundo árabe. Anthony Cordesman ofrece recetas para un interrogatorio más eficaz de los prisioneros. Michael Ignatieff, tras deplorar las dolorosas yuxtaposiciones morales que ensuciaron el funeral de Reagan, advierte que «América no puede abdicar de su responsabilidad». Andrew Moravcsik explica: «Los europeos pueden encontrarse con que el próximo Iraq es un Kosovo, y querrán que Estados Unidos intervenga»<sup>22</sup>. Aunque no se hayan producido grandes celebraciones, la instalación patrocinada por la ONU de un régimen mercenario en Bagdad ha sido saludada casi universalmente en los medios occidentales como un «paso positivo».

---

estaba eliminando ahora a toda prisa. Véase Therese RAPHAEL, *The Wall Street Journal* (11 de marzo de 2003); Claudia ROSETT, *National Review* (10 y 21 de marzo de 2004).

<sup>21</sup> Véase, por ejemplo, «Iraq: on the Precipice» del Centre for Strategic and International Studies Policy Forum.

<sup>22</sup> Joseph NYE, «America needs to use soft power», *Financial Times* (18 de abril de 2004); Michael IGNATIEFF, *The New York Times Magazine* (27 de junio de 2004); MORAVCSIK, *Financial Times* (26 de junio de 2004).

Entre quienes se opusieron a la invasión anglo-americana en 2003 argumentando que le faltaba la legitimación de la ONU, o que las sanciones ya estaban logrando el objetivo que se pretendía, ha habido, comprensiblemente, un silencio ensordecedor sobre el futuro de la ocupación, roto únicamente por murmullos sobre los plazos. Para muchos, la oposición al imperio se ha reducido al odio a Bush; pero la Administración de Bush ya ha puesto en práctica todas las medidas propuestas en el programa demócrata: traspaso nominal del poder a un gobierno iraquí, con la bendición de la ONU y la implicación de la OTAN, como en Afganistán. Las esperanzas de que el gobierno de Kerry altere significativamente la actual política estadounidense en Oriente Próximo son fútiles. Como explicó recientemente el portavoz de política exterior de Clinton, Strobe Talbott: «La Administración de Bush estaba en lo cierto al señalar a Iraq como un problema importante. Si el presidente hubiera sido Gore o McCain o Bradley, también habría aumentado la presión, y más pronto o más tarde habría recurrido a la fuerza»<sup>23</sup>. Kerry respaldó la invasión, mantendrá la Ley Patriótica, apoya la política de seguridad de Sharon y pide un aumento de 40.000 soldados estadounidenses y la duplicación de la capacidad de las fuerzas especiales. En el contexto actual, un voto por él equivale prácticamente a otra bala para Iraq. En este sentido, la revolución de Bush ha triunfado: ha producido a su heredero. Cualquiera que sea su color, la próxima Administración estadounidense intentará consolidar su posición en Iraq. No serán las elecciones de noviembre las que decidan el destino de la marcha sobre Bagdad. Mientras la resistencia siga infligiendo duros golpes al ejército de ocupación y a sus mercenarios locales, el apoyo interno a la recolonización de Iraq seguirá disminuyendo, sea quien sea el multimillonario que ocupe la Casa Blanca

Lo mismo se puede decir de Europa, donde los gobiernos de París y Berlín se han apresurado, como cabía prever, a restablecer unas buenas relaciones con Washington y han aprobado el compromiso de la OTAN para apoyar al régimen de Bagdad; en el caso de Chirac, sellando el pacto con la invasión franco-americana de Haití y el derrocamiento, respaldado por la ONU, del gobierno constitucional haitiano. Las disputas que hace dieciocho meses amenazaban supuestamente la Alianza Atlántica se han enterrado ceremoniosamente en las arenas de Normandía, en County Clare y en Estambul. El vector de penetración militar-imperialista de Washington en el centro de Eurasia, al principio deplorado por los pilares derechistas del statu quo como una aventura excesiva, se ha convertido en la base de un nuevo consenso mundial: no se debe permitir que la potencia hegemónica fracase. El primer paso, elemental, contra esa aquiescencia es la solidaridad con la causa de la liberación nacional en Iraq. Las fuerzas encabezadas por Estados Unidos no tienen nada que hacer allí. El maquis iraquí merece todo nuestro apoyo en la lucha por expulsarlas.

---

<sup>23</sup> «The Burning of Bush», *Financial Times Magazine* (26 de junio de 2004).